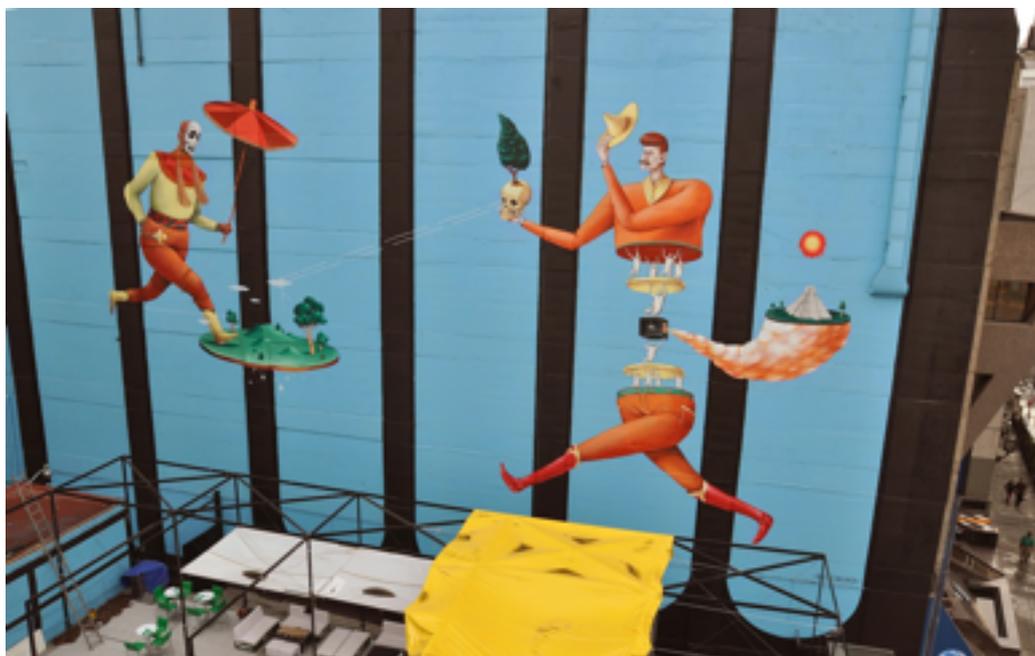


## Ucrania: Entre la dependencia de la UE y la imposición de Rusia. Dossier

József Böröcz, Ángel Ferrero, Rafael Poch....

8/12/2013



### Los términos de la dependencia de Ucrania de la Unión Europea

Las [principales disposiciones del Acuerdo de Asociación entre la UE y Ucrania están disponibles en línea](#). (Me parece divertido que, dentro del gran alboroto que se ha generado alrededor del drama de la negativa a firmar y las consecuentes protestas, no parece habersele ocurrido a nadie consultar realmente de qué estamos hablando –o, al menos, yo he sido incapaz de encontrar algún análisis en Internet-). Estas son solamente las disposiciones “principales” – la versión completa dispone en principio de 1.500 páginas (y, hasta donde yo conozco, no está disponible en internet). Muestro a continuación algunas de las características básicas de la versión resumida, simplemente para que veamos cuál es el motivo de las protestas y de qué tratan las disputas diplomáticas.

Un aspecto clave del acuerdo tiene que ver con el establecimiento de la llamada “profunda y completa Área de Libre Comercio” (DCFTA). Todo lo demás aparece en relación a este punto. De modo que, ¿de qué se trata la DCFTA?, ¿cómo funciona?

Los aranceles son herramientas clave en manos de las economías más pobres y debilitadas en sus relaciones con los más ricos y poderosos. Que Ucrania es considerablemente más pobre y débil que la UE debería ser obvio. Pero, ¿hasta qué punto más pobre y más débil? Veamos. Teniendo en cuenta las estimaciones que ha hecho Angus Maddison en los últimos tiempos y, basándonos en los datos que ofreció en el 2008, el peso de la economía ucraniana era aproximadamente 40 veces más pobre y más débil, en términos de peso económico, que en de la Unión Europea. [Para ver la trayectoria que ha seguido entre el 1990 y el 2008, junto con Rusia, haga clic aquí](#).

[Como sugiere la publicación de la UE](#), los vínculos comerciales entre la UE y Ucrania ya están bastante sesgados. Ucrania exporta 14,6 mil millones de euros de los bienes a la UE e importa 23,8 mil millones de euros, produciendo un desequilibrio comercial de 9,2 mil millones. En el ámbito de las inversiones, el desequilibrio es francamente grotesco: 2 mil millones de euros de Ucrania, por 23,8 mil millones de euros de la UE para Ucrania (el resultado muestra un

impresionante desequilibrio de 21.9 mil millones de euros). Teniendo en cuenta estas cifras, incluso sin la DCFTA, la estructura de vinculación económica entre la UE y Ucrania se ofrece como un estudio perfecto de libro de texto de comercio exterior y dependencia de inversiones.

El proyecto del acuerdo es absolutamente firme en relación al propósito fundamental de este ejercicio: eliminar todos los aranceles restantes y las otras barreras comerciales para el capital de la UE.

“El DCFTA, vinculado al proceso más amplio de aproximaciones legislativas, contribuirá a una mayor integración económica con el mercado interior de la Unión Europea. Esto incluye la eliminación de prácticamente todos los aranceles y los obstáculos en el área de comercio de bienes, la prestación de servicios, y el flujo de inversiones (especialmente las que tienen que ver con el sector de la energía). Una vez que Ucrania se haya incorporado al Acervo Comunitario de la UE, la UE concederá acceso a todos los mercados, por ejemplo, que tienen que ver con ámbitos como la contratación pública o los productos industriales” (p.3).

El beneficio esperado de la eliminación de “casi todos los aranceles y las barreras” supone que “cuando el DCFTA entre en vigor proporcionará las reducciones arancelarias que permitirán a los operadores económicos de ambas partes ahorrar alrededor de 750 millones de euros por año (la mayoría de los derechos de aduanas serán levantados.)” (p.4)

Dadas las disparidades existentes entre las dos entidades aspirantes a ser contratantes (de 1,5 a 1 en el comercio, de 11 a 1 en la inversión y de 40 a 1 en el poder económico), no es difícil imaginar qué porcentaje de esos 750 mil millones de euros, derivados de la elevación de barreras comerciales, irían hacia a la UE y cuáles hacia Ucrania.

Pero todo esto es, en realidad, un pequeño cambio con respecto a la liberalización de las inversiones. Además de la liberalización del comercio, la DCFTA también prevé un “clima” significativamente más abierto. El acuerdo no sólo hace hincapié en dicha inversión, sino que especifica exactamente lo que tiene en mente: “inversiones (sobretudo en el sector de la energía)” (p.3). Por si no quedaba lo suficientemente claro, el documento repite: “Nuevas oportunidades de comercio e inversión se crearán y la competencia se verá estimulada” (p.4). Y todavía sigue: “a través del Fondo de Inversión para la política de Vecindad (NIF), donde Ucrania está propuesta, las inversiones del Instituto de Finanzas Internacional (IFI) podrían aprovecharse. El NIF pretende movilizar una financiación adicional que cubra las necesidades de inversión de Ucrania que tengan que ver con infraestructuras en sectores como el transporte, la energía, el medio ambiente o las cuestiones sociales (por ejemplo, la construcción de escuelas u hospitales)”. Todo esto estaría muy bien, exceptuando el hecho de que no hay absolutamente ninguna mención a los *términos* necesarios bajo los cuales toda esta infraestructura humana podría tener lugar, qué se haría con ella y con qué fondos. Nada de eso.

El proyecto de acuerdo también prevé que Ucrania pueda acercarse “poco a poco” al Acervo Comunitario, es decir, al cuerpo de leyes y reglamentos de la UE; esta es una disposición completamente neutral y técnica. Sin embargo, más allá de la técnica y la aparente neutralidad, se esconden dos puntos clave que deben ser recordados aquí.

En primer lugar, está claro que el marco diplomático del proyecto del acuerdo (dos partes contratantes llegan a un acuerdo) es muy engañoso: lo que de verdad está sucediendo, es la completa adopción de un conjunto de materiales jurídicos externos por parte de un actor que es más pequeño y más débil económicamente, por parte de un grupo más grande, más fuerte tanto a nivel económico como político y de orden superior. He analizado la grotesca y asimétrica estructura de esta relación en mi artículo “El zorro y el cuervo...”, disponible [aquí](#) o [aquí](#), en relación a las negociaciones entre la UE y la adhesión de Hungría hace 15 años (la única advertencia para leerlo es que este artículo se centró en una situación en la que Hungría era una sociedad mucho más pequeña pero mucho más rica que Ucrania, donde jugó el papel de subordinada; el caso de Ucrania es hoy diferente al de la Hungría de hace 15 años, por dos razones adicionales: Hungría no tenía otro “pretendiente”, mientras que Ucrania se encuentra en medio de un tira y afloja geopolítico entre UE y Rusia, y, en el momento en que Hungría estaba negociando su adhesión a la UE, no hubo participantes de Europa orientales anteriores. Hoy, la UE incluye 11 estados miembros ex-socialistas de la Europa del Este que ofrecen una amplia lista de precedentes y un clima político totalmente diferente).

En segundo lugar, hay que tener en cuenta lo siguiente: en una forma bastante fundamental, el principal (algunos preferirían decir directamente el único) propósito de las leyes y los reglamentos comunitarios de la UE tiene como trasfondo la eliminación de todos los mecanismos institucionales que los estados miembros de la UE habían desarrollado a lo largo de los siglos para proteger a sus economías internas de crisis exógenas, competencias desleales y fluctuaciones imprevistas de todo tipo. De este modo, cuando vemos una referencia a la adopción (o, como en el caso de Ucrania, “aproximación”) hacia el Acervo Comunitario, tenemos que recordar que el Acervo es, por definición, una herramienta neoliberal, diseñada para aumentar el dominio mundial del capital transnacional con sede en el oeste de Europa. Eso es exactamente lo que es. Ni más ni menos.

Por último, está la cuestión de lo que la UE y el lenguaje (desde una perspectiva sociológica bastante imprecisa) llaman la “movilidad” (es decir, la libre circulación de ya no solamente las mercancías, los servicios y las inversiones, sino también de las personas; esto incluye su derecho a asentarse, trabajar, estudiar o participar en la vida política y democrática sin exclusión o disminución). Esto es importante por tres razones. En primer lugar, se va a mostrar la profundidad del compromiso de UE de abrazar a Ucrania como una sociedad y no sólo como un espacio económico; en segundo lugar, se trata de una expectativa muy emotiva, que está en la mente de todas las personas, en especial las de la Europa del Este que quedan fuera de la UE; y en tercer lugar, es en este punto que el acercamiento entre la UE y Ucrania se topa con la dura realidad de una Europa occidental racista hacia los europeos de este, algo a lo que he llamado, en un artículo titulado “La Bondad está en otra parte...”, el Imperio de la Indiferencia europea ([disponible aquí](#) o [aquí](#), ver especialmente pp.125-134).

Para decirlo sin rodeos, el proyecto de acuerdo es **extremadamente vago** en relación al movimiento de los ucranianos hacia las tierra del Acuerdo Schengen. Y si no, saboreen este lenguaje: “la importancia de la introducción de un régimen libre de visados para los ciudadanos de Ucrania se tendrá en cuenta siempre y cuando las condiciones de movilidad estén bien gestionadas y sean seguras y reconocidas en el Acuerdo” (pp. 1-2) y, de nuevo: “La UE y Ucrania se comprometen a través de Acuerdo de Asociación a incrementar el diálogo y la cooperación en lo que a migración, asilo y gestión de fronteras respecta. La importancia de la introducción de un régimen libre de visados para los ciudadanos de Ucrania se tendrá en cuenta siempre y cuando las condiciones de movilidad estén bien gestionadas, sean seguras y se vean reconocidas en el Acuerdo” (p.3)

En otras palabras, no hay absolutamente ningún compromiso por parte de la UE, o de su sistema de gestión común de la emigración Schengen. Incluso la obligación del visado, actualmente en vigor, no se suspendería por el momento. ¿Cuánto tiempo exactamente? Bueno, “el tiempo oportuno”. Este es lenguaje totalmente vago de lo diplomático. Se unen a la UE para nada, ni siquiera para aliviar la obligación del visado, por no hablar de su abolición (lo que permitiría a los ciudadanos de Ucrania poder viajar a Europa a su antojo) y mucho menos el derecho de estancia, de estudio o de trabajo. Absolutamente nada de eso se menciona aquí.

Personas familiarizadas con el proceso de “ampliación” de la UE, explicarán, sin duda, que la libre circulación de las personas, el derecho a asentarse o a trabajar, son cosas que vendrán más tarde (en realidad, por lo general suele llevar unos siete años, si no más) con la plena ciudadanía o adhesión. Por lo tanto, eso nos lleva a la siguiente pregunta, ¿y qué? ¿qué dice el acuerdo en relación a la plena adhesión?

Exactamente lo siguiente: 0.

La palabra “pertenencia” aparece en el documento una vez, refiriéndose a la pertenencia a la OMC. Esto debería resultar absolutamente claro: Ucrania no será miembro de la Unión Europea; y no lo será en un futuro previsible.

Así, cuando el pueblo de Ucrania se moviliza por las ideas de democracia, ciudadanía, igualdad, etc. y exige a su gobierno que acepte de inmediato el acuerdo, es todo eso lo que están exigiendo. Un significativo aumento de la exposición de su economía al capital de una UE cuarenta veces más fuerte y rica; una demolición de las barreras arancelarias que podrían impedir la extracción total de sus recursos y, una absoluta falta de promesas que tengan que ver con la igualdad, la ciudadanía, la democracia, o incluso una mayor libertad de movimiento.

József Böröcz es profesor de sociología en la Universidad de Rutgers, Nueva Jersey. Su último libro es [\*The European Union and Global Social Change: A Critical Geopolitical-Economic Analysis\*](#), Routledge 2009.

Traducción para [www.sinpermiso.info](http://www.sinpermiso.info): Marta Mestre

<http://www.criticatac.ro/lefteast/ukraine-eu-dependency/>

## Ucrania: la bisagra entre Rusia y la Unión Europea estalla en protestas

Las protestas en Ucrania contra la decisión del gobierno de Víktor Yanukóvich de no firmar finalmente el Acuerdo de Asociación con la Unión Europea adoptaron un cariz violento el pasado 1 de diciembre, cuando, después de varios choques entre los manifestantes y la policía en Kiev, un grupo intentó ocupar diversos edificios gubernamentales en el centro de la capital. El día anterior, la Berkut –el cuerpo especial de la policía ucraniana, similar a los OMON rusos– había disuelto brutalmente una manifestación pacífica en Maidan, la Plaza de la Independencia. La escena de un grupo de manifestantes encapuchados intentando romper las filas de la policía con una excavadora ha dado la vuelta al mundo. La situación en el país sigue siendo tensa. No sólo se han registrado protestas en Kiev y Ucrania occidental –donde se localiza tradicionalmente la base de apoyo pro-occidental–, sino también en Dnipropetrovsk y otros municipios de Ucrania oriental. Una parte de la oposición está tratando de tumbar al gobierno de Yanukóvich con todos los medios a su alcance: protestas callejeras, ocupaciones de edificios públicos, convocatorias de huelga y mociones de censura. Se ha rumoreado que el ejecutivo contempla la posibilidad de decretar el estado de excepción, que el gobierno y Rusia han infiltrado provocadores en las manifestaciones, y el diputado del consejo de Sebastopol, Serguéi Smolyanov, incluso pidió públicamente al presidente ruso, Vladímir Putin, que enviase los tanques para reprimir las revueltas.

### Un juego de suma cero

Ucrania se ha convertido en un juego de suma cero entre Rusia y la Unión Europea por intereses geopolíticos (véase “La batalla d’ Ucraína”, Rafael Poch-de-Feliu, La Directa, 02/12), y ahora mismo se encuentra entre el yunque y el martillo. Si Ucrania firma el Acuerdo de Asociación con la Unión Europea, el proyecto ruso de crear una Unión Euroasiática con Kazajistán y Bielorrusia para reafirmarse como un polo geoestratégico estable en un mundo multipollar fracasa. La Unión Europea está interesada precisamente en evitar la consolidación de la Unión Euroasiática y trata de ampliar su esfera de influencia hacia el Este, integrando a estos países en su periferia, en el sentido más estricto del término: como proveedores de materias primas –Ucrania es, por ejemplo, uno de los mayores productores de grano del mundo y un importante productor de carbón– y mano de obra barata para la Kerneuropa.

Además de recurrir al suministro de gas como arma de negociación (como hizo desde el 2005 hasta el 2009), Rusia podría bloquear la entrada de productor ucranianos y dejar herida de muerte a su economía, ya que más del 60% de sus exportaciones terminan en Rusia, Kazajistán y Bielorrusia. Pero ante la amenaza de una guerra comercial con Rusia, la Unión Europea no sólo fue incapaz de ofrecer ninguna garantía al gobierno ucraniano –que reclamaba un crédito de 160 mil millones de euros para llevar a cabo las reformas necesarias que la UE le exigía para armonizar reglamentos–, sino que exigió el aumento de un 40% de las tarifas de gas y calefacción, la eliminación de subsidios y barreras comerciales y una congelación salarial con el objetivo de favorecer las exportaciones hacia la UE. (Para más datos sobre el Acuerdo, véase el artículo de József Böröcz en esta misma edición de Sin Permiso.) Todo eso en un país donde el salario medio más elevado es de 469 euros mensuales (Kiev). En un gesto arrogante, la Unión Europea exigió además la aprobación de una Lex Timoshenko que permitiese a la ex primera ministra Yúlia Timoshenko, que se encuentra actualmente en una prisión de Járkiv cumpliendo condena por abuso de poder, recibir tratamiento médico en una clínica alemana. Finalmente, la UE también ha rechazado la posibilidad de conversaciones tripartitas entre Ucrania, Rusia y la Unión Europea.

Si según el cineasta ruso Vladimir Bortko, todo lo que le queda a Rusia es “exportar petróleo, gas y prostitutas”, de Ucrania puede decirse a grandes rasgos lo mismo, pero excluyendo el gas y el petróleo. El país se encuentra al borde de la recesión: la falta de inversiones durante años en la industria y la agricultura, la emigración y una corrupción rampante –Ucrania ocupa la

posición 144 del último índice de percepción de la corrupción realizado por Transparencia Internacional– hacen que Ucrania necesite, como mínimo, entre 20 y 40 mil millones de dólares para reflotar su economía. Pero Ucrania sufre además de graves problemas sociales: es el país de Europa oriental con un mayor índice de población con VIH/SIDA (54 infecciones reportadas diarias en el 2012), numerosos casos de alcoholismo y tabaquismo y un sistema social que hace aguas por todas partes. La pobreza empuja a muchas mujeres a la prostitución, convirtiendo a Ucrania en uno de los destinos de turismo sexual de muchos viajeros occidentales. Según datos del 2011, unas cincuenta mil mujeres ejercen la prostitución en Ucrania, pero la cifra es con toda seguridad mucho más alta.

### **Un Mercedes-Benz con la Unión Europea**

Una de las cosas que sin duda más ha sorprendido a muchos observadores ha sido la vehemencia con la que los manifestantes reclaman la entrada de Ucrania en una Unión Europea en crisis, incluso si el Acuerdo de Asociación no contempla la adhesión, y el rechazo a formar parte de la Unión Euroasiática de Rusia. La prensa ha aireado algunas razones históricas –olvidándose de otras, como que Kiev fue la capital del primer estado ruso, el Kievan Rus–, obviando claros factores económicos. En el artículo reproducido la semana pasada en estas páginas, Petro Pustova señalaba que, a pesar de los vínculos con su vecino, la economía rusa, “basada en la exportación de materias primas y energía, con su relativamente baja tasa de crecimiento de la productividad no puede proporcionar aumento de los salarios de los ucranianos ni mejores resultados macroeconómicos. El giro ideológico conservador del gobierno ruso, destinado a galvanizar su base electoral en previsión de la llegada de la crisis al país, es contemplado lógicamente con recelo por parte de la clase media ucraniana.

No conviene subestimar tampoco el factor psicológico. En el imaginario de los manifestantes –no exento de la confusión entre la Unión Europea y Europa, que Bruselas azuza–, la Unión Europea se asocia al estado del bienestar, la ausencia de corrupción, una moneda y gobierno estables y la facilidad para emigrar a un país comunitario y encontrar trabajo. El diario polonés *Gazeta Wyborcza* recogía el comentario de un manifestante, un periodista de 32 años que aseguraba que la entrada a la Unión Europea le permitiría comprarse un Mercedes-Benz, mientras que en una Ucrania fuera de la UE sólo podría tener un Lada. Evidentemente, la situación actual que vive la población favorece esta idealización ingenua, pero el ejemplo de Bulgaria y Rumanía, donde la entrada en la Unión Europea no ha significado de manera evidente ninguna mejora en ninguno de los aspectos antes mencionados –e incluso algunos retrocesos, como en la desindustrialización de muchas regiones y la desaparición de muchas empresas locales, incapaces de hacer frente a la competición del capital alemán y austriaco– tendría que vacunar a los comentaristas, tanto a los de aquí como a los de allá, contra todo proeuropeo.

### **La ultraderecha y el populismo salen a la calle**

Con su anuncio de “mantener la puerta abierta”, la Unión Europea anima indirectamente a los manifestantes a continuar la protesta. Pero Bruselas cuenta con dos aliados en el país: la Unión Panucraniana “Patria” (Batkivshchyna), la formación de Yúlia Timoshenko, y la Alianza Democrática para la Reforma (UDAR), del boxeador Vitali Klitschko. Tanto Udar como Batkivshchyna tienen el estatus de observadores en el Partido Popular Europeo (PPE). Según el confidencial *German Foreign Policy*, Udar recibe fondos de la fundación Konrad Adenauer de la CDU, interesada en crear una alternativa a Timoshenko en el país. Según informa el *Junge Welt*, Klitschko no ha tenido ningún reparo en recurrir a la demagogia, prometiendo a los manifestantes en Kiev que en 15 años Ucrania estaría entre los países más competitivos de la Unión, y que el Presidente de la Comisión sería un ucraniano.

Batkivshchyna y Udar cooperan a nivel de calle y parlamentario con Svoboda (“Libertad”), un partido que la prensa califica eufemísticamente de “nacionalista”, pero que en realidad se trata una formación neofascista. Por recomendación del Frente Nacional francés, en el 2004 se deshizo de toda la parafernalia nazi, disolvió su brazo armado (una milicia conocida como Autodefensa Nacional Ucraniana), cambió su nombre de Partido Social-Nacional de Ucrania (SNUP) y sustituyó su antiguo emblema, una runa germánica, por una mano con los tres dedos extendidos, una oscura referencia al juramento que los colaboracionistas ucranianos hacían durante la Segunda Guerra Mundial. Todo ello no impidió que el partido participase el pasado mes de junio en un homenaje a veteranos de las SS en Lviv. Su líder, Oleh Tianhybok, pidió a sus compatriotas que se uniesen en la lucha para la liberación de “la mafia judía en Moscú”. El

diputado de Svoboda Igor Miroshnichenko calificó el año pasado a la actriz estadounidense Mila Kunis, de origen ucraniano judío, de “zhydovka”, un término derivado del fuertemente despectivo ‘zhid’ (жид) que puede traducirse libremente como “sucia judía”. Svoboda también fue clave en la anulación del Desfile del Orgullo Gay de Kiev en el 2012, luego que sus militantes se dedicasen durante las semanas previas a perseguir y a agredir homosexuales en la capital. Los padrinos occidentales de Batkivshchyna y Udar toleran la convivencia de sus aliados regionales con esta formación que el Centro Simon Wiesenthal ha condenado por su ideología “antisemita, antipolaca, antigitana y homófoba” y esperan –como Batkivshchyna y Udar– utilizar a Svoboda como ariete contra el gobierno de Yanukóvich, aprovechando tanto su nivel de organización e implantación social como su aspiración a entrar en la Unión Europea para estrechar vínculos con el resto de formaciones ‘ultras’, a pesar del discurso euroescéptico que estas últimas han adoptado para ganar votos.

El gran olvidado de las protestas ha vuelto a ser la izquierda. El Partido Comunista de Petro Symonenko, que cuenta con 32 diputados en la Rada, ha sido ignorado por todos los medios de comunicación. A pesar de mantener, como su partido hermano en Rusia, una línea política que no se concuerda claramente con las exigencias de cambio de la sociedad y estar en declive, el PCU es uno de los pocos partidos que critica el Acuerdo de Asociación y, a la vez, la situación actual de Ucrania, en manos de oligarcas y especuladores. Boris Kagarlitsky recordaba desde el digital de la izquierda rusa Rabkor.ru que mientras los medios informaban de lo que pasaba en Kíev, en Chisinau los comunistas moldavos protestaban contra la firma del Acuerdo de Asociación con la Unión sin que ningún medio, ni occidental ni ruso, se hiciese eco de las protestas.

**Àngel Ferrero** es miembro del comité de redacción de Sin Permiso. Este artículo está basado en otro publicado en La Directa el 4 de diciembre de 2012. Se ha actualizado e introducido ligeras modificaciones.

[www.sinpermiso.info](http://www.sinpermiso.info), 8 de diciembre 2013

## El problema de Rusia en Ucrania

*Sin contener nada social, Rusia, con su tradición autocrática, su corrupción y su economía incierta, es incapaz de seducir a las sociedades de su entorno.*

En la batalla entre Rusia y la Unión Europea por ver quien se queda con Ucrania, hay un problema que nadie contabiliza pese a que está en el centro de la situación. Se trata del problema de Rusia. Más allá de la minoría rusófoba que existe en Ucrania Occidental, el hecho central es que a pesar de la proximidad cultural, histórica y civilizatoria existente entre la inmensa mayoría de los ucranianos y los rusos, Rusia no es atractiva para ellos. Muchos ucranianos no ven en la hermana Rusia una perspectiva de futuro y modernización. Y los motivos son claros.

Rusia adolece de los mismos vicios y enfermedades que el pueblo ucraniano sufre en su país. Aunque gracias a una mayor capacidad de consenso y de rebelión contra la injusticia, el poder autocrático sea más leve en Kiev que en Moscú, uno encuentra en ambas capitales sistemas parecidos de corrupción y de capitalismo de estado-oligárquico. Es inevitable que muchos ucranianos, especialmente la juventud deseosa de cambio, vean en una integración con Rusia un mero fortalecimiento de su propio sistema que rechazan, por más que tal integración esté cargada de racionalidad económica e histórica para muchos de ellos. Las ventajas de lo segundo no alcanzan para compensar el desagrado hacia lo primero.

Algo parecido, pero al revés, ocurre con el acuerdo propuesto a Ucrania por la Unión Europea: que sus condiciones sean un completo abuso y desastre para Ucrania, es secundario en este contexto, pues lo que domina es la ilusión de un cambio de sistema.

En este sentido, la batalla entre las potencias occidentales opuestas a la consolidación geopolítica de Rusia (Estados Unidos y la OTAN, Alemania, Polonia y otras) y Moscú, se decide sobre todo en Moscú. Esa batalla comenzó con la misma disolución de la URSS en 1991 y dura ya 22 años. A lo largo de todos estos años, pese a acuerdos más o menos exitosos e inestables con los oligarcas de Donetsk y Dniepropetrovsk en materia de gas o de la presencia de la flota del Mar Negro en los puertos de Crimea, Rusia ha ido más bien perdiendo

posiciones en el imaginario. Para vencer Rusia debe ganarse a la población ucraniana, debe ser capaz de proponer, no a los oligarcas sino a la ciudadanía, una vía de desarrollo moderna, en lo material y social, en lo político y en lo económico: una vía capaz de seducirla.

Desgraciadamente –porque la consolidación de un polo ruso es deseable en nombre de la pluralidad mundial y del contrapeso a la dictatorial hegemonía occidental de la mundialización– estamos bastante lejos de eso. Mi impresión es que esto no se entiende en Moscú y que en gran medida no es computable por el sistema de poder que hay allí.

Esta circunstancia hace inevitable entrar en el problema de Rusia para entender la batalla de Ucrania.

El poder que Putin preside en Moscú es un conglomerado formado por el tradicional estatismo ruso y el sistema de magnates parasitarios heredado del yeltsinismo. Putin y sus guardias civiles del ex KGB pertenecen al primero de los polos de este conglomerado. Tienden a poner por delante los intereses de la potencia rusa y enfatizan su autonomía, lo que determina cierta orientación hacia lo estatal y público, planes de inversiones y esfuerzos estratégicos, etc, y, por supuesto, una mayor hostilidad occidental. Por el contrario, su gobierno encabezado por el primer ministro y ex presidente Dmitri Medvedev, está dominado por neoliberales abiertos a la influencia occidental y de los magnates rusos. Esta división, repleta de tensiones y contradicciones, impide formular planes de desarrollo coherentes que liberen el enorme potencial de la economía y la sociedad rusa, que cuenta con un enorme mercado y una sólida base de conocimiento y capacidad industrial, pero que continua presa de la extracción y exportación de materias primas.

El país sufre una falta clamorosa de inversiones en sus infraestructuras industriales y sociales. Su complejo industrial-militar y la alta tecnología, sus redes de transportes terrestres, ferroviarias y aéreas, precisan de fuertes inversiones, pero el capital de los magnates prefiere colocar su dinero en el extranjero o dedicarlo a la especulación cortoplacista, mientras que los sectores neoliberales se oponen a toda regulación estatal.

Hasta ahora la popularidad de Putin se sostuvo sobre la relativa prosperidad y el considerable crecimiento que el país experimentó en sus dos primeros mandatos presidenciales. Aunque todo estuvo muy mal repartido, algo llegó a la población, se mejoraron un poco las pensiones y los sueldos de los funcionarios, por más que la gente de talento siga prefiriendo trabajar en un seudobanco haciendo operaciones de casino que en el ministerio de exteriores o la Academia. Que por primera vez en veinte años, las cosas no fueran a peor le dio a Putin una gran base. Ahora, cuando lo que hay por delante es más bien un periodo de estancamiento (el crecimiento es del 3,5% y con el índice de inflación significará caída de ingresos para la mayoría) a Putin le esperan tiempos difíciles.

Sin apartar del poder a los neoliberales –algo que inevitablemente provocaría acusaciones de dictadura en Occidente y beatificación de los depuestos– va a ser muy difícil acometer los programas de desarrollo necesarios para modernizar el país y su sociedad, y dinamizar el mercado de 200 millones del que la unión aduanera propuesta a Ucrania es aspecto fundamental. En lugar de eso, Putin surfea entre las dos tendencias de su conglomerado que se anulan mutuamente, lo que agrava la perspectiva de estancamiento.

Eso está ocurriendo mientras alrededor de Rusia se está formando un ambiente tan abiertamente hostil que comienza a parecerse a la guerra fría. Vista desde Moscú, la estrategia occidental está actuando donde más daño puede hacer: sobre el sector de la energía, con el apoyo a rutas alternativas a los gaseoductos rusos, para que el gas de Asia Central pueda llegar al mercado mundial sin pasar por Rusia, impulsando la extracción del gas de esquisto para bajar el precio del gas ruso o estableciendo medidas antimonopolio contra el consorcio Gazprom desde Bruselas. Todo eso ha llevado a Rusia a aumentar su exportación hacia Oriente; hacia China –con quien por fin se ha llegado a un acuerdo sobre precios– hacía Japón y Corea.

Solo un regreso a su tradición social podría cautivar de nuevo a la juventud de Eurasia, pero para ello se necesita un cambio en Moscú. De momento, los movimientos sociales en Rusia apenas están despertando, mientras las protestan que se han visto estos últimos años en Moscú, la ciudad mimada y privilegiada que concentra el grueso de los flujos económicos, han sido muy poco sociales. La revuelta de Rusia contra su oligarquía es cosa del futuro. Así que sin contener nada social, Rusia, con su tradición autocrática y su corrupción, y con su

economía incierta es incapaz de seducir a las sociedades de su entorno, Ucrania en primer lugar.

En ayuda de Putin actúa el hecho de que también la Unión Europea está metida hasta las cejas en una crisis que va a ir a más. Moscú ha obtenido un éxito de política exterior al desmontar con un acuerdo el plan bélico hacia el que se dirigían americanos y franceses en Siria. El principio de acuerdo con Irán también es una buena noticia para ella. Recordemos que el plan del escudo antimisiles, claramente diseñado contra el arsenal estratégico de Rusia, se justifica por el fantasmagórico “peligro iraní”. En buena lógica, como ha dicho el ministro de exteriores ruso, Sergei Lavrov, en Bruselas, eso debería conducir al abandono del plan. No va a ocurrir.

De momento lo que tenemos es una batalla de Ucrania en la que las potencias europeas, con Alemania en primer lugar, muestran una beligerancia inusitada: los ministros de exteriores de Polonia y Suecia han expresado su apoyo a la protesta popular. El ex primer ministro polaco Jaroslav Kaczynski ha intervenido en los mítines de Kiev. Berlín ha advertido al Presidente ucraniano contra el uso de la violencia y apoya directamente a dos partidos que organizan la protesta desde la fundación Konrad Adenauer de la CDU. El gobierno alemán alecciona al ucraniano y califica el sistema judicial que mantiene encarcelada a la magnate prooccidental Julia Timoshenko, tan corrupta como sus adversarios, de “justicia selectiva” –algo que más allá de su realidad es un claro exceso diplomático e ignora que la justicia selectiva europea ha sido norma por ejemplo en los Balcanes- mientras el ministro de exteriores Guido Westerwelle se pasea por el escenario de las protestas en Kiev en compañía de sus líderes, entre banderas de “Svoboda”, un partido de extrema derecha abiertamente antisemita... Toda esa solidaridad con “la justa causa popular” contrasta mucho con la actitud demostrada hacia las protestas contra el diktat de Bruselas y Berlín en Europa.

¿Cuánto tiempo será aún vista esta Europa impresentable como modelo, por las futuras víctimas de su arrolladora expansión hacia el Este?

Rafael Poch, amigo y colaborador de Sin Permiso, es el corresponsal en Berlín del diario barcelonés *La Vanguardia*

La Vanguardia, 7 de diciembre 2013

**sinpermiso** electrónico se ofrece semanalmente de forma gratuita. Estamos realizando una campaña de microfinanciación que finalizará el 22 de diciembre para poder renovar la web. Si le ha interesado este artículo, considere la posibilidad de contribuir al desarrollo de este proyecto político-cultural realizando una donación a: <http://www.verkami.com/projects/7097-sinpermiso-br-una-nueva-web-br-para-seguir-luchando>

Varios